



EL MUNDO ALEGRE.
PERIÓDICO QUINCENAL,

QUE PUBLICABA

POESÍAS Y ARTÍCULOS INÉDITOS

DE LOS

PRINCIPALES LITERATOS

Y DIBUJOS DE LOS

MEJORES ARTISTAS.

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA

ADMINISTRADOR Y PROPIETARIO:

JULIAN RODRÍGUEZ.

SÉRIE 1.^a

Precio: 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,
TESORO, 5, BAJO.
MADRID.

MADRID: 1890.—IMPRESA DE JOSÉ CRUZADO, DIVINO PASTOR, 9.

© *Biblioteca Nacional de España*



EL MUNDO ALEGRE.

EL OSO.

Si fuese á decir lo que siente,
con seguridad que pondría en
el padrón municipal:

Nombre: Serafín Martínez.

Estado: Soltero.

Edad: Veintitrés años.

Profesión: Enamorado de
Laura Fernández.

Porque no vive más que para
ella ó para *eya*, como escribe él.

Y escribe así porque no tiene
tiempo de instruirse, ni de
tomar café, ni de cortarse las
uñas.

Es hijo de familia y sus papás
se empeñan en que ha de ha-

cerse vista de aduanas, pero
él.... ¿Raciocina el amor?

Conoció á Laura en el teatro,
y desde entonces no tiene mo-
mento tranquilo.

Ella ocupaba un asiento de
un palco platea; él una butaca
de esquina.

Laura le miró primero de
recojo, después fué volviendo
poco á poco la cabecita rubia;
después ya le dirigió miradas
francas que decían á gritos:

—Qué guapo es Vd., joven.

Serafin entonces pudo con-
verse de que era amado.

Y siguió á la joven hasta su
domicilio.

Ella, acompañada de los
papás, penetró en el portal,

pero antes de que el sereno cerrase la puerta, volvió la cabecita para mirar á Serafin.

«A las siete de la mañana siguiente ya estaba el joven parado delante del domicilio de la ehica. Miró á todos los balcones y no vio nada. ... ¡Qué desesperación!

—Yo me atrevo—se dijo hablando para sí.

Y penetró resueltamente en el portal.

—¿Portera?

—¿Qué se ofrece?

Serafin palideció. Era la primera vez que se lanzaba á una empresa atrevida.

—Aunque sea mal preguntado—siguió diciendo con voz balbuciente—¿vive aquí una señorita algo rubia?

—¡Hombre!—contestó la portera con malos modos.—¿Qué sa figurao usted?

—Yo no me figuro nada, sino que....

—¡El demonio del esgalichao!—gruñó la portera cerrando la ventana del cuchitril.

Serafin fué á colocarse en la acera de enfrente, corrido como una mona.

De pronto sus ojos adquirieron brillo; respiró con delicia y faltó poco para que se desmayara allí mismo.

Acababa de ver á la joven rubia en el cuarto tercero asomada al balcón con un gabancito

azul pálido, adornado de puntilla y un clavel jaspeado en el pecho.

Serafin la miraba con emoción invencible; ella le miraba con delicia. Entonces él le pidió con los ojos el clavel jaspeado y ella ¡oh felicidad! se lo arrojó.

De esto hace quince meses.

Serafin no ha podido hablar á su bella; sabe que se llama Laura, que su papá es un bruto empleado en Fomento, y autor de una obra inédita sobre el cultivo del repollo, y que ella está tomando el jarabe de brea.

Un día Serafin escribió un billete con la mejor letra que tenía y lo puso en manos de la criada, diciéndole:

—Para la señorita.

La doméstica, que es de Lugo, empujó á Serafin con tal violencia, que el pobrecito fué á chocar contra un aguador y éste le plantó un pie encima.

Serafin anduvo cojeando ocho días, pero ni una sólo dejó de acudir á la calle del Prado, donde habita Laura.

Todos los vecinos le conocen ya como si hubiera nacido en la acera y el encargado de arreglar los faroles del alumbrado público tiene necesidad de decirle todos los días, antes de abrir la escalera:

—¡Eh! señorito, desapártese usted de la vía pública, que le voy á estropear.



mipuis

— Yo no sé lo que haces tú con el dinero.
— ¿Qué ha de hacer? En cuanto tengo dos pesetas, al monte.
— ¡Ah! ¿en el monte? ¿cómo? — Tan fácil, ya mucho.
— ¡Cá, hombre! ¿cómo? — Pues lo que yo hago es ir a la lotería y jugar a la lotería.

A misa, á paseo, al teatro, á las tiendas, á todas partes seguía Serafín á Laura, y la mamá de ésta se ha visto en el caso de pararse una tarde y decir al perseguidor:

—Joven, pida V. á Dios que no se entere mi esposo, porque el día que le vea á V., ¡lo deshace!

El no se arredra y continúa decidido á todo.

La madre de Serafín ha notado que éste tiene las botas rozadas por la parte de atrás y no se explica la causa.

—Pero hijo mío—le dice—¿quieres decirme por qué rompes las botas por ese sitio?

Serafín calla, porque no es cosa de contestar:

—Como estoy siempre arriado á la pared para contemplar á Laura, me rozolos talones contra las piedras.

Una vez que se cayó un tiesto de un balcón, estando Serafín debajo, estuvo á punto de perecer hecho una tortilla; otro día que se desbocó un caballo de un coche de alquiler, Serafín tuvo que refugiarse en un portal, donde fué recibido á escabazos por la portera.

A cada momento le insultan los transeúntes, porque como se pasa las horas muertas mirando á lo alto, todos tropiezan en él y gruñen.

—¡El demonio del espantapájaros!—dice uno,

—Quítese V. del medio—dice otro.

—Parece V. un palomino soso.

—Parece V. un costal de garbanzos.

El lo sufre todo con resignación, esperando que llegue el día de poder decir al país entero, por conducto de *La Correspondencia*:

«Ayer unieron su suerte ante los altares la bella joven doña Laura Fernández y el distinguido vizcaíno auxiliar electo de la aduana de Rivas de Sella, don Serafín Martínez. Los nuevos esposos salieron inmediatamente para Morata de Tajuña y otros puntos del extranjero.»

Tanta gente le conoce ya y es tal la popularidad de que goza, que cuando se le ve entrar en el teatro ó en el café ó en la Exposición de perros, hay siempre alguno que dice:

—¡Hombre! ¡Esoa de la calle del Prado! ¡Qué bien se conserva!

Y espera, no sin dolor, que cualquier día los periódicos publiquen un suelto concebido en esta forma:

Ayer fué cogido entre las ruedas de un carro de la carne un joven decentemente vestido que falleció en la Casa de Socorro. De las noticias que hemos podido adquirir en la calle del Prado, lugar del suceso, resulta que el tal joven se llamaba S. M.

y venía dedicándose á hacer el
oso todo el día y parte de la
noche.

¡Descanse en paz!

LUIS TABOADA.

PROBLEMA.

Problema del porvenir:
¿qué obra es digna de triunfar,
aquella que hace *pensar*
ó aquella que hace *reír*?

No recuerdo quién, mas uno
me dijo que no valía
toda la filosofía
lo que un buen chiste oportuno.

Para mí no es un misterio,
sino verdad, evidencia,
que no es digna la existencia
de que se la tome en serio.

¡Apenas hay sinsabores!
¡Apenas duelos y enojos!
¡Habrá mil haces de abrojos
por cada ramo de flores!

Luego debiera de ser
el oficio del autor,
ir combatiendo el dolor
con las armas del placer.

Nuestro destino es gozar
de una existencia bendita;
mas llorar... ¿quién necesita
que le haga nadie llorar?

Si el mundo es valle de llanto,
es necesidad ó locura
no endulzar esa amargura
y hacer mayor el quebranto.

Yo estoy siempre por la broma,
pues el chiste, es á la vida.

lo que el vino á la comida,
lo que á la flor el aroma.

Sin hojarasca ni brillo
surge el chiste en un instante
con el olor penetrante
del romero y del tomillo.

Si es de buena calidad,
la risa en todos provoca,
y corre de boca en boca
y alegra á la humanidad.

Y en oportuna ocasión,
aunque os despierte extrañeza,
nada hay como una agudeza
contra una mala intención.

Muchos hombres que subieron
sin méritos á la cumbre,
de toda una muchedumbre
el empuje resistieron;

Pero, con suerte fatal,
cayeron al fin sin fama,
por virtud de un epigrama
grabado en su pedestal.

De la risa, es el poder
incontrastable, invencible,
¿Qué otro ariele más terrible
que la risa de VOLTER?

En continua carcajada,
revolviendo á las naciones,
cambió las instituciones
de la centuria pasada.

Y aunque parezca increíble,
sucede en esta materia
que como hay risa *muy seria*,
hay seriedad *muy risible*.

¡Lejos la gente que llora!
Yo las lágrimas no quiero;
las únicas que tolero
son las que vierte la aurora.

Lo más hermoso, la flor,
no es más, si bien se precisa.

que el fruto de una sonrisa
de la luz y del color.

Divertir es una ciencia.
¡Bien hayan los escritores
que van sembrando de flores
la vía de la existencia!

Así, pues, quiero afirmar,
y lo fío al porvenir,
que la obra que ha de triunfar
no es la que obligue a pensar,
es la que mueva á reír.

EDUARDO DE LUSTOÑO.



VOCABLOS NUEVOS.

La Academia Española que, según costumbre inveterada, tarda mucho en dar carta de naturaleza en nuestro idioma á la voz *noticierismo*, habrá de dársele al fin y al cabo, y aun quizá tenga que admitir otra dicción análoga, *telegrafismo*, con la cual nombraría..., una *comodolencia* de los tiempos presentes, que no lleva trazas de curarse, antes parece que por momentos se agrava y por doquier se difunde y se generaliza.

Nuestra curiosidad... quiero decir, la curiosidad del público es insaciable; desea saberlo todo, enterarse de todo: de lo de casa y de lo de fuera de casa; de lo propio y de lo ajeno; de lo grave y de lo liviano. Y como hay algunos y aun muchos que consideran *justo*, ya que él lo paga, contárselo todo para darle

gusto, hemos llegado á convertir los diarios en ristras de telegramas más interesantes ó menos 'menos casi siempre; con los cuales, según la frase hecha y casi gastada por el frecuente uso, se ha matado la correspondencia.

Pero, como dijo el otro, vamos, Espronceda: «que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?» ni al noticiero, ni á la agencia telegráfica, ni á nadie... El asunto es llenar de telegramas tres ó cuatro columnas, por aquello de «á mal Cristo mucha sangre», para que escoja cada cual el que fuere más de su agrado.

Hay quien se deleita, por ejemplo, cuando lee en su periódico—esto es, en el periódico á que está suscrito; que es *suyo* en la insignificante cuota del ejemplar que por suscripción le corresponde—lo siguiente:

Berlin (tantos).

«Ha llegado el mayor Trugtohn; ha sido recibido en la estación por varios amigos.»

Eso de que el Mayor haya sido recibido á su llegada por varios amigos, nada tiene de extraño; aun á muchos menores les sucede lo mismo; pero lo de la llegada del *Mayor*, se halla rodeada de esa aureola de encanto que para los espíritus

novelescos tiene siempre lo misterioso y desconocido.

¡El Mayor Trugtohn! ¡El Mayor Trugtohn! ¿A qué habrá ido á Berlin? ¿Qué hará en la capital de Alemania? y sobre todo ¿quién es?... Porque suele ser aquella la primera vez que el lector curioso lee el nombre de ese Mayor; y es muy probable que sea la última.

Londres...

«El príncipe Enrique estuvo ayer de cacería en sus posesiones.»

¿El príncipe Enrique? ¿Con que Enriquillo estuvo de cacería en sus posesiones? Calcúlese si esta noticia no conmoverá al lector más flemático del universo. Lástima grande que no se diga si se divirtió mucho y si cobró muchas piezas y á qué hora regresó á su casa, y si volvió cansado... á bien que de todo esto ya irá dando cuenta poco á poco; todo no ha de decirse de una vez; algo hay que dejar para los telegramas de mañana.

San Petersburgo...

«Nada nuevo ha ocurrido desde ayer. Hace mucho frío, y la gente se abriga. Enviaré por menores.»

Y no quiero hablar de las conmovedoras noticias del paseo que, por el parque tal, dió la

princesa Fulana, y del cotillón que dirigió el duque Zutano en la embajada, y de lo bien que corrió el caballo Fulano de Tal, hijo de Mengano y de Perengana (de ilustre cuadra), que ganó el premio en las últimas carreras.

Pues con los telegramas del interior ocurre poco más ó menos lo mismo: casi todos producen, en quien sabe leerlos y comprenderlos, emoción profunda y duraderas impresiones.

Barcelona, 20.

«Hoy sale para esa D. Juan Fernández, muy conocido en estos círculos.»

Vigo, 21.

«Ayer se verificó, en medio del mayor orden, la boda de Manolita Sánchez con Periquillo Pérez; hasta la hora en que telegrafio no ha sucedido ninguna desgracia... que yo sepa.»

Oriedo.

«El distinguido Guripa, el Piriche, ha concurrido hoy al café con una hembra de la vida airada; se dice que la hembra tiene más de veinte años y que se llama Pepa; con este motivo se ha producido alguna alarma en el barrio. El Piriche tiene el propósito de regresar pronto á Madrid; pero aún no se sabe cuándo lo verificará: tendré á usted al corriente de lo que resuelva.»

Pero la verdad es que no siempre los telegramas son de ese carácter... algunas veces, sea dicho en justicia, contienen noticias interesantes y curiosas.

Ahora mismo, sin ir más lejos, nos han enterado las agencias de dos cosas:

Primera, de que en Francia, con motivo de la aparición de la epidemia (que no ha aparecido), se prohíbe la importación de todo género procedente de España.

Segunda, de que, á pesar de la aparición de la epidemia, podrán penetrar, sin impedimento alguno, en territorio francés, los españoles que vayan á veranear á los pueblecitos de la frontera.

Más claro:

¿Venís con vuestras mercancías á buscar dinero?

—¡Atrás!

¿Venís con vuestras familias á dejar dinero?

—¡Adelante!

Es una manera muy ingeniosa de entender las precauciones sanitarias.

A. SÁNCHEZ PEREZ.

TEMPERATURAS ARDIENTES.

No se puede remediar.

El hombre cálido de suyo,

por un «quítame allá esa paja,» se enreda á trompis con su sombra.

La mujer cálida también se enreda con cualquier motivo.

Naturalezas predispuestas á todo, hasta llegar al crimen, bien sea por amor ó ya por odio.

Así es que en cuanto empieza á subir el alcohol en el tubo del termómetro, ya no son dueñas de sí mismas esas personas ardientes.

Y sobrevienen los homicidios y los suicidios, y los *chulicidios* y las *bafetis* entre cónyuges y entre amantes.

Y las fugas de vocales y de cajeros, y de depositarios y chicas propensas al matrimonio, con ó sin formalidades.

—Mire usted—me aseguraba una vecina—en este clima no soy dueña de mígo misma.

Es una buena moza ó una buena viuda, de veintiséis años de edad y cuatro de viudez: alta, escultural, de ojos negros, no diré rasgados, porque me parece una crueldad, sino descosidos, insolentes, porque cuando miran, siempre llegan las miradas hasta los huesos del hombre á quien entilan.

Su boca es una perfumería, pero de lujo, porque tiene aromas que marcan aquel aliento.

Por fin, como decía aquel traspunte, retirándose á la primera actriz de la compañía;

—Una mujer que había yo de verla en un cráter, y me arrojaba con ella.

La pobrecita, en cuanto empieza el calor, anda por casa poco más que en mallas naturales.

Se sienta en las baldosas del pasillo, y se baña cuatro veces al día.

—Yo me *asgo*—me decía, porque habla muy bien y correctamente.

No come más que gazpachos, y cuando se acuesta tiene que adormecerla la patrona de la casa, abanicándola «de cabeza á rabo.»

Empieza el periodo de los caballeros pelones, de esos que pasean con la cabeza libre, y el sombrero en una mano y en otra un abanico.

Los hay que pasan sus días soplando solos ó con cualquiera otra persona, ó, mejor dicho, á cualquiera otra persona con quien tropiezan en su camino.

En el Parque de Madrid y en las primeras horas de la mañana, oye el transeunte diálogos curiosos.

—Hoy va á ser un día terrible.

—Sí, señor; vamos, que el de ayer fué bueno.

—Figúrese usted: yo tengo en casa un loro, y ayer empezó á gritar: «¡Fuego!» Era que había visto á mi señora salir del baño, despidiendo humo.

—En mi casa se pasa el día el aguador entrando y saliendo...

—¿Se beben ustedes el agua?

—No, que está en relaciones, con buen fin, con la cocinera.

—¿Y eso que tiene que ver con el calor?

—Que con este calor se le recrudecen las pasiones al hombre.

Pared por medio tengo en mi casa un matrimonio nuevo, que se recalca: está húmedo el tabique á cualquiera hora.

Las chinches y los vecinos de puerta de calle, salen á luz.

Se oye el chirrido de las muchachas que tocan el piano.

Como están los balcones abiertos se escapan los sonidos.

Canta el chico de los de grillo.

Vaga el mosquito y pica.

¡Oh! ¡Verano! ¡oh, estación alegre! ¡oh, mores!

EDUARDO DE PALACIO.



CONFITEOR...

Al Padre Buenavista que, por cierto,
Aunque así apellidábase era tuerfo,
Se acercó una mañana, penitente,
Un joven de familia muy decente.
Y—acúsome—exclamó—de unos amores
Que vengo sosteniendo con Dolores,
Una chica soltera
Que me tiene sorbida la mollera.

—Y esos amores, di, desventurado,
¿Han sido causa ya de algún pecado?
—De varios, padre mío....

—Tú dirás.

—De un beso, de un abrazo.... y lo demás!
—¡Basta, basta, por Dios, pobre criatura!..
—Yo la verdad confieso, señor cura,
Palabra la ofrecí de matrimonio;
Y una noche, por obra del demonio,
Como al amor no hay nada que convenza,
Se perdió el equilibrio....

—¡Y la vergüenza!

¿Tu entiendes que engañar a una mujer
Que se encuentra en la edad de merecer
Para dejarla luego abandonada
Como flor, por los vientos deshojada,
Es cosa tan sencilla é inocente
Que puede realizarse impunemente?
¡Estás en un error muy lamentable!
Pecado es tan atroz é imperdonable,
Que Dios, para absolverlo, si es preciso
Se coloca en un grave compromiso.

—Pues acúsome, Padre, de otra cosa
No menos censurable y ominosa.

—¿Que dices!

—¿Que me acuso,

De otro infamante abuso.

De otro amor, deshonesto y clandestino,

Con mujer que es casada....

—Dios divino!

¿De modo que también has traspasado

El ageno mercado?

—Exponiendo, señor, en mis deslices,

Una porción de veces las narices.

Yo, padre, busqué siempre lo placeres

Sin pedir pasaporte a las mujeres:

Cosa de que me encuentro arrepentido,

Enfermo, casi calvo y aburrido.

—¿Y hay algo más?

—Sí, padre, otro pecado

No menos censurable y censurado.

¡Tambien he sido amante

De la viuda de un pobre comerciante!

—Pues corres tú pecando más que un galgo!

Para calamidad te sobra algo; ¿

Auda y ve á aquel altar

En cruz y de rodillas á rezar

Tres credos, por la culpa esa primera

Con la mujer soltera;

Y otros tres al instante

Por la viuda del pobre comerciante.

—¿Padre, y por la casada?

—Sí, es muy cierto:

¡Cuida mucho de no quedarle tuerto!

RAFAEL SOLÍS.



AMOR Y MÚSICA.

Merece todas mis simpatías la resolución tomada por los chicos casaderos de una población de Alemania, llamada Carlsruhe.

Los tales chicos han tomado el buen acuerdo de unirse, asociarse y juramentarse, para no pedir la blanca mano, ni llevar por tanto al tálamo nupcial ninguna señorita que sepa tocar el piano.

¡Honor a esos jóvenes precavidos!

Eso de que las señoritas sepan tocar el piano, es en Alemania como en Europa y en todas partes, una especie de timo con que las mamás suelen engatusar a los novios, la liga para cazar maridos.

En los momentos que alcanzamos, la única educación que se da á las jóvenes es esa.

No saben guisar, ni pegar un botón, ni leer de corrido una carta, mucho menos escribirla, y menos aún escribirla sin faltas de ortografía.

Pero ¿tocar el piano? De eso pidan Vds. lo que quieran.

No saben quién es Ripalda; ni quién fué Fleuri, ni quién Terradillos; pero ¿Mendelson, Strauss, Chueca y Valverde? los conocen como si fueran visitas de casa.

—¡Y qué perla se va usted a llevar!—dicen las futuras suegras á los incautos que estan al caer:—¡qué manos las suyas! ¡Es la delicia de mi casa! ¡Ella y el canario son mi encanto! Porque con mi hija no hay aburrimiento posible. Que viene el casero, pongo por caso, ¡día de luto para nosotros, caballero! pues bien, apenas se va dejando vacío en el bolsillo, y lágrimas en los ojos, se sienta la niña al piano—¡es de alquiler, caballero!—nos toca el vals de la *Gran Ua* y ¡adiós penas! ¡adiós pensamientos sombríos! ¡adiós tenebrosos propósitos!

—¡Oh, no cabe duda! ¡la música!...

—Si, señor: nada como la música, y pida Vd., pida Vd. a ese ángel mío, porque ella todo lo toca. Se sabe todo Chapi, todo Chueca, todo Barbieri y todo Mangiagalli; ¡no cabe más!

En efecto, los desgraciados vecinos de la niña llevan cuatro años de piano de sol á sol, y a veces con propina de piano nocturno porque las hay que parecen sonámbulas y se levantan á media noche, á darle que le das.

¡Cómo están los infelices vecinos de *polka de los paraguas*, y de *pobre chica*, y de *dúo de los tímidos*, y de *preludios suspensivos*, mas vale callar y de otras cosas que estan en boga, porque nos



El *Pepón* y la María,
un matrimonio *hilecano*;
ella, con él, va *aburria*,
y él, con ella, va *abroncao*.

las han hecho tragar como las cédulas personales y el impuesto de consumos y otras plagas así!

Y aun hay que dar gracias á Dios, porque si estas piecitas musicales nos revientan, los prolegómenos, es decir, los albores de una chica dada á las teclas, son una verdadera epidemia.

En mi vecindad hay una chica que estudia para casada por el método de Eslava, y nos tiene á todos fritos y medios locos, y furulatos; y si esto sigue, no vamos á tener más remedio que escribir un anónimo al Gobernador, vengándonos á la moderna, ó sea, diciendo que la muchacha tiene síntomas alarmantes, para ver si van y la fumigan á ella, á la mamá y al piano, y el pestilente ácido fénico las aleja del insupportable clavicordio.

Nos hemos llevado dos meses de

Do-re-mi-fa-sol-la-si-do
Do-si-la-sol-fa-mi-re-do

después hemos tenido otros dos de

Do-re-do-re
mi-fa-mi-fa
sooooool... mi

y ahora llevamos cuatro semanas cantando todos los vecinos como el asistente de un sainete de Ricardo de la Vega

Domi—domi—soool... do
guapa es la muchacha
mi sol—mi sol—doooo... mi
redo si la sol.

En fin, un suplicio, una condena no prevista en el Código y menos contra inocentes como nosotros, una especie de Fernando Pío ó Chafarinas, en las que nos meten sin más delito que el de haber alquilado un cuarto en una casa donde hay una chica que estudia el piano.

Y no cabe duda de que ese y no otro es el proposito de esas muchachas y sus papás, porque no hay sino fijarse en este dato:

El Conservatorio de Musica y Declamación está atestado de discipulas, ¿dónde va á parar ese numeroso ejército de chicas que se pasan desde los diez á los veinte años haciendo escalas cromáticas? ¡A la Vicaría! ¡No les quepa á Vds. la menor duda!

Eso sí, una vez casadas, el piano vuelve al almacén donde fué alquilado, el musiquero y los papeles se los lleva un ropavejero ó un librero de viejo por cuatro cuartos, y ellas á los ocho meses, haciendo gala de estar próximas á la maternidad, dicen:

—¿El piano? ¡Ah! sí señor, lo dejé por completo. Ya vé usted, cuando una se casa no puede ya pensar en esas cosas. Ahora estoy muy pesada, el médico me

ha dicho que sería perjudicial que siguiera tocando. ¡Ya ve usted! El pisar los pedales es cosa peligrosa estando así... en fin, que hago gorritas para lo que venga, y no pienso en la música. ¡Bastante música tendremos cuando llegue lo que Dios nos envía!

De modo que resulta que el piano sirvió para aparentar una posición brillante, esa apariencia sirvió para pescar un marido con seis mil realazos al año (sueldo por cierto que no consiente muchas sinfonías!) y las víctimas, las verdaderas víctimas (sin contar el marido), fuimos los que nos tuvimos que tragar aquellas escalas y aquellos ejercicios de dedos que nos quitaron tantas veces el placido sueño.

¿Cómo, pues, no enviar nuestro modesto aplauso y el testimonio de nuestro reconocimiento a los chicos de Carlsruhe? ¿Cómo no pedir que esa institución de los *metóforos* se propague por el orbe?

Aquí en Madrid tenemos también una nueva secta de chicos, dependientes de comercio, por regla general, que profesando la opinión de que Euterpe puede encantar y secuestrar a Cupido, se han dedicado al manejo del acordeón.

¿Tienen Vds. la desgracia de vivir cerca de algún estableci-

miento de telas donde haya algún dependiente que mate sus ocios con el ejercicio del acordeón?

¡Ay! ¡los compadezco a ustedes!

Cerca de mi casa hay un *Gran Barato* o *Liquidación* *verdad*, o *quemazón* *comercial*, cuyo dueño, para atraer al público, pone sentado a la puerta un dependiente que maneja el acordeón con la misma habilidad que un gañán maneja la azada.

¡Dios le confunda, y confunda a su dueño, y al *Gran Barato*!

¡Qué mañanas, qué tardes, qué noches nos da!

Pero ¿no se cansara el maldito?

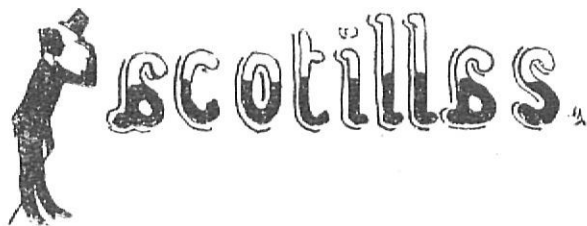
No, no se cansa. Al revés. El tal ha averiguado que tres o cuatro *Meengildas* del barrio se disputan sus gracias, y en cuanto Dios amanece ya le tiene usted dándole al fuelle como si suplara una fragua, y comienza porque «el mejor café es el de Puerto Rico» y acaba.... ¡si acabara donde yo dijera!

Quiera Dios, pues, que la acertada resolución de esos muchachos alemanes acuda, y la juventud se decida por uno de dos caminos.

O el amor o la música.

¿Amor y música? ¡Eso.... jamás!

MANUEL MATOSES.



La provincia de Valencia
sufre tremendos agobios,
por la terrible presencia
de unos señores microbios.

Allí se manifestaron
un día, de sopetón,
y á trabajar empezaron
en su humilde profesión.

Llegó muy tarde al Gobierno
la noticia aterradora,
y exclamó Capdepón:—¡Cuerno
con lo que nos cae ahora!

Y con la faz amarilla
que del miedo es el color,
la siguiente orden sencilla
dirigió al Gobernador:

—«Que indaguen los catedráticos
si esos bichos indiscretos
son, en realidad, asiáticos
ó son valencianos netos.»

Pronto aquella autoridad
respondió con laconismo:

—«Para eso hay necesidad
de ver las fes de bautismo.»

Conque, entonces, Capdepón,
á la ciudad de las flores
envió una comisión
de reputados doctores.

Estos seres tan felices
allá se fueron con le,
y metieron las narices
en donde había *por qué...*

Produjo su indagatoria
acerca de los gusanos,
la convicción bien notoria
de que no eran valencianos.

Y harta ya la comisión
de ver alojarse muelles,
dijó: —«De aquí no son,
porque no usan zaragüelles.»

A esto, es claro, Su Excelencia,
les dijo á sus compañeros:

—«No resultan de Valencia;
¡son microbios extranjeros!»

Pero de aquí otra cuestión
surgió como era sabido.

«Si valencianos no son,
¿cómo y de dónde han venido?»

¿Los transportaron vapores?

¿Han venido de Ultramar?

Esto los sabios doctores
no lo han podido indagar.

Si los *bichos* no han hablado
y su mutismo es completo,
señal es de que han jurado
no revelar el secreto.

¡Hasta el nombre del vapor

que los trajo se supiera,
con sólo hacer el amor
á una *vírgula* soltera!

Mas, me escamo al advertir
que funcionan hace un mes
y no han logrado salir
de dos aldeas ó tres.

Denota eso, en mi opinión,
que están poco amaestrados...
¡Resultará al fin que son
microbios aficionados!

Lo que es por su idiosincrasia
resultan *bacilos* legos...
¡Y dicen que son del Asia...!
Sí, asiáticos manchegos!



Los periódicos de París elogian el discurso que pronunció Mansi en el banquete de los delegados de la conferencia internacional postal y telegráfica.

¡Y tan ancho que se habrá puesto el hombre!

No, D. Angel, desínflese Vd., que si le elogian los franceses, es porque no le han entendido.

O tal vez habrán pensado
los periodistas aquellos,
que no se pierden los números
elogiándole á usted en ellos!



Clotilde es la firmante de un artículo que publica *El Movimiento Católico*.

Y dice *Clotildita* en ese artículo:

«Te diré, querida Adela, en otra epístola, porque ésta se hace ya muy pesada, el resultado de nuestra conferencia, y cómo vino Dios á darme reglas fijas...»



- Y diga V. sargento Rodríguez, ¿si yo quisiera podría declararme teniente ó comandante?
- Hombre, no seas bruto! Antes tienes que ser sargento.
- Pues yo he leído en *La Correspondencia* que el cólera se ha declarado oficial; y no sé que haya sido siquiera sordno raso.
- Es que tú eres un torpe. Ese cólera de que hablas no es una prasona, ¡sino una epidermis! hombre, una epidermis romante!

¡Ese concepto, en verdad,
para quien bien lo penetra,
es una *monstruosidad*
cambiando sólo una letra!



Iban á enterrar á un sujeto en el pueblo de Traspidenio (Valladolid) y en el momento de irle á echar á la fosa se pone en pie el cadáver y dice:

—¡No seáis brutos, que todavía no me he muerto!

¡Conque, calculen Vds. lo que pasaría allí!

Nada, que le dejaron solo dentro del cementerio y con la puerta cerrada para ir á llamar al alcalde.

¿Que para qué? ¿qué sé yo! ¿Sería para que le impusieran una multa por *cadáver discolu*!



En Montbrío (Tarragona)

fué robado un estanco hace unos días
llevándose el ladrón ó la ladrona,
entre otras fruslerías,
que metidas estaban en un saco,
todas las existencias del tabaco.

Como el cólera alza ahora la cabeza
fué esa una buena acción,
porque es muy necesaria la limpieza
y un estanco es un foco de infección!



¡Adiós! Ya se han desencadenado los poetas contra Peral.

Uno de Castro Urdiales, no sabiendo ya cómo llamarle, para expresar toda la admiración que le inspira, le llama... ¡le llama *Reg del abismo*!

Que es como si le llamara Satanás ó cosa así,

Y luego dice:

*Mulienza te alaba, tus prendas pregona
porque San Martín te dé su corona*

Lo cual es abusar de San Martín, que ya partió su capa con un pobre en otra ocasión.

Y ahora quiere el poeta que le regale á Peral la corona y que se quede él á pelo.

¡Pues á pocos obsequios
por el estilo,
pronto se queda el santo
sin calzoncillos!

Y sigue el poeta:

*Tu alma adornada del Ser Supremo
del Océano resultas primer modelo.*

¡Aquí sí que hace falta el aparato de profundidades!

Para ver qué ha querido decir el procesado.

Si señor, procesado; no rectifico, no. Porque si á estas horas no han dictado contra el auto de procesamiento, no hay justicia en la tierra.

De la inspiración la llama
ejerce en él tal dominio,
que de ese modo le inflama.
Gregorio Corral se llama;
¡pero yo le llamo *Higinio*!

JOSÉ ESTRADA.



Epigramas

En la tienda de Sotero,
entre las pieles de armiños,
dice un singular letrero:
«Gorritos para los niños
hechos con gusto y esmera.»



—¿Esto es comer?—preguntó
don Facundo á Julio Reche;
y éste, que no comprendió,
contestóle:—Que aproveche.



Cuando la virtud predica,
dice Luis, y es gran verdad,
que él ama la *caridad*
y constante la *práctica*.

Mas al fin averigué
que la virtud no le inflama,
y es la Caridad que él ama
una muchacha de *olé!*



En la calle del Limón,
anuncio de ultramarinos:
«Aquí se venden los finos
embulidos *de Ramón.*»

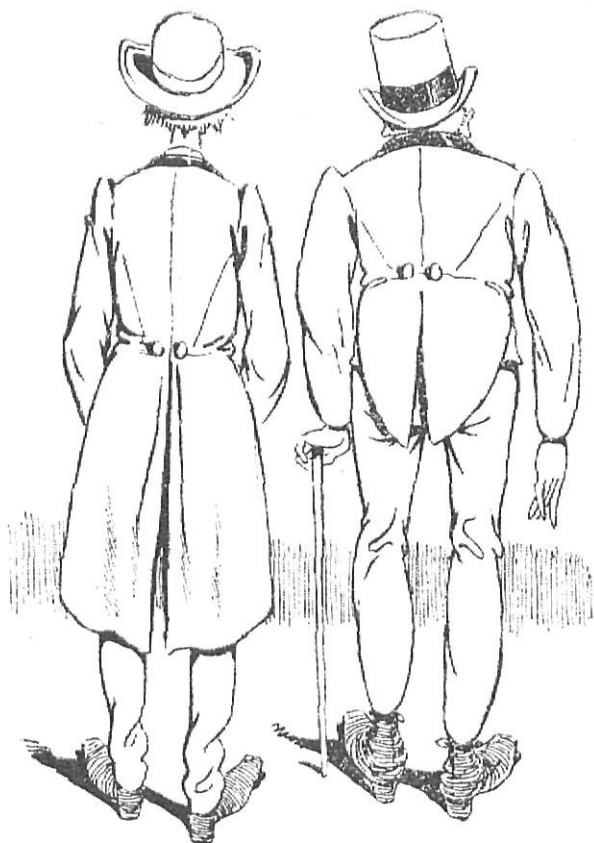


Respecto á la ortografía,
hay quien la tiene tan mala
que escribe con *hache* «ala»
y la suprime en «había.»
Sin ir más lejos, Tome,
en una carta á Ramón,
le dijo: «Mando un cajón...»
[Y puso *cajón con ge!*



Noticia de sensación
que ha circulado esta tarde:
«Dos empresarios de teatros
van hoy á desafiarse
por una disputa sobre
quién tiene mejores partes.»

RICARDO SOTO,



Aunque ya están machuchos,—según afirman
se les alegran pronto—las pajarillas;
y en las verbenas,
aun bailando derraman—sal y canela.

MISCELÁNEA

Ha cesado en la dirección de este periódico D. Vicente Llorens Asensio.

212



Don Matatías Ladrón, *1*
de profesión usurero;
presta á módico interés...
¡El sesenta y dos por ciento!

213

LIBROS: Hemos tenido el gusto de recibir el tomo XLIII de la BIBLIOTECA SELECTA, que con tanta aceptación publica el editor valenciano D. Pascual Aguilar. Constituyen dicho tomo las *Cartas Amatorias*, las *Eglogas* y *Los besos*, trabajos del

(1) De Guevara.

malogrado escritor P. Juan Arolas, lo cual nos excusa de recomendar el libro. Consta de 492 páginas, y, como de costumbre, su precio es 2 reales.

La batalla de Guadalete; bonita Memoria, leída por su autor don Manuel G. Barzanallana y Salomón, en el Ateneo Hispano-Portugués, el día 8 de Marzo de 4890.

214



La portera de mi casa;
una *señora* muy fina
que no da las «buenas tardes»
por *mor* de gastar saliva.

215

En uno de los telegramas que, con motivo del cólera, publicó hace días *La Correspondencia*, se leía lo siguiente:

«... desde las doce de ayer no

ha ocurrido novedad: defunciones, dos.»

Sin comentarios.



GALANTERÍA TELEFÓNICA.

—¿Central?... Comunicación con el número dos mil trescientos.

—¿Quién?

—¿Tengo el honor de hablar con la señorita Luengo?

—Efectivamente: y yo, ¿a quién tanto gusto debo?...

—Soy Castro: su buen amigo.

—¿Castro?

—Sí.

—Pues no recuerdo...

—¿Que no recuerda?...

—No tal.

—¿No es usted el dos mil trescientos?

—Sí, señor.

—¿Y no es su nombre...

—Ana María de Luengo.

—¿Cómo! ¿No se llama usted Antonia?

—No.

—Entonces debo equivocarme...

—Sin duda.

—Que me dispense la ruego...

—No hay de qué.

—¡Cuánta molestia la he causado!

—Nada de eso; conque, adiós: beso su mano...

—Adiós; beso a usted... el teléfono.



—A mí que nun me digan; esu del cólera escosa del dengue, que nu ha quedadu *satisfacidu* con las «víctimas atacadas» del invierno y viene á pur mas. Total: cuestión de nombre.



Siendonos preciso, por el tiempo que reclama la encuadernación y otros detalles de nuestro periódico, entregar el original en la imprenta con bastantes días de anticipación al de la salida del número, lo advertimos á todos aquellos señores que nos honren remitiéndonos trabajos, para que no extrañen el no verse puntualmente contestados en la *Correspondencia particular*.

Correspondencia particular.

Un gabacho.—Madrid.—Sí, efectivamente; la letra no es muy buena; pero la poesía ¡oh! la poesía... corre parejas con la letra.

B.***.—Cádiz.—Cuidado, amigo; que se le ha ido á Vd. la mano en la *mostaza*... y el mucho picante irrita.

F. G.—Madrid.—Si Ruiz Aguilera resucitara y leyera sus cantares, yo no sé lo que le pasaría, pero estoy seguro de que le pasaba algo. Copio uno de ellos:

Te vi pasar una tarde
estando yo en mi ventana,
y de ver que ya no me quieres
se me llenaron los ojos de lá-
grimas.

¡Oh! sentimentalismo puro... y una gran *oreja* para medir versos.

Fray Tal.—Lerida.—¡Horror! ¡Ciento cuatro versos!... Y el caso es que está bien hecha. ¿No podría Vd. reducirla á un par de redondillas...?

Capirotazos.—Madrid.—No sirve porque tiene muchas incorrecciones y poco asunto.

X. X.—Valladolid.—Trabajos cortos: cantares, epigramas, etc. En cuanto á poesías *largas* y artículos, es muy difícil que podamos publicar nada.

Un guasón.—Aranjuez.—¿Pero cuándo querrá Dios que se les quite á Vds. esa alición á escribir versitos á la vecina?

P. G. G.—Madrid.—Digo á usted lo mismo que á X. X.

Bartolillo.—Madrid.—¡¡¡Su-
cio!!!

S. M.—Madrid.—Evite la asonancia del cuarto y quinto verso, y se publicará.

El señor Isidro.—Guadalajara.—Lo siento, pero no puede ser. Gracias por lo otro.

C. M. A.—Barcelona.—¡Cielos! ¡Esas iniciales!... ¡Cólera morbo asiático!...

N. O. C.—Málaga.—Sí señor, se recibió; pero se me ha extraviado. Y el caso es que hoy la he visto no sé dónde... ¡Ah! sí, ya sé; en... ya puede Vd. figurarse dónde. Pero no hay cuidado; es muy fuerte el papel...

Felipín.—Madrid.—Dicen que la vergüenza era verde y se la comió un burro. ¿Está Vd. seguro de no haber tenido ningún cólico?...
(Se continuará.)

EL MUNDO ALEGRE

se publicará quincenalmente formando un cuaderno de 32 páginas en un todo igual al presente.

Llevará artículos y poesías de nuestros principales literatos y retratos, y caricaturas de los mejores dibujantes.

UN NÚMERO SUELTO

10 CÉNTIMOS.

Por suscripción: UN SEMESTRE, Una peseta.*

A los corresponsales se les remitirá la liquidación á fin de cada mes, y dejará de serlo el que no haya satisfecho el importe de su cuenta antes del día 10 del mes siguiente.

ADMINISTRACIÓN

TESORO, 5, BAJO.

KIOSKO DE LA UNIVERSIDAD,

Plaza de Santo Domingo.

Horas de despacho: en el primer punto de 2 á 6; en el segundo, todo el día y hasta las doce de la noche.

